

ronel y el teniente coronel del 33 han quedado heridos; en total 13 oficiales muertos y 56 heridos.»

¡Ah! Entre los que habían caído para no levantarse más, ¡cuántos llevaban aún en el ojal ó en el kepis las flores que las mujeres milanesas les habían echado aquella misma mañana!

LI

ANTES DE SOLFERINO

Las ideas de triunfo y las de muerte se confundían en la imaginación de Napoleón III. El 9 de junio, á las nueve de la mañana, fué á ver al mariscal Baraguey d'Hilliers á Melegnano y contempló con dolor los restos de la carnicería de la víspera. Dos horas después estaba de regreso en Milán para asistir al *Te Deum* cantado en la catedral.

Son las once, y todas las campanas de la ciudad se echan á vuelo; los tambores redoblan y resuenan las trompetas. Desde la quinta Bonaparte, alojamiento del emperador, hasta la catedral, la guardia imperial está tendida en doble fila en la carrera. De las paredes y balcones de las casas cuelgan antiguos tapices, colgaduras de seda y terciopelo, flecos de oro mezclados con los largos pliegues de las banderas.

La comitiva imperial y real se pone en marcha, yendo á la cabeza los cien guardias. Napoleón III y Víctor Manuel aparecen á caballo en el extremo del Corso, seguidos de su Estado mayor. Sobre ambos monarcas cae una lluvia de flores. Milán ha devastado sus jardines; una alfombra olorosa cubre el empedrado de la ciudad lombarda. En todas las ventanas, en todos los balcones se ven ramas verdes, coronas y flores deshojadas en canastillos que tienen en sus manos las jóvenes milanesas como para las procesiones del Corpus. Llega un momento en que los caballos del emperador y del rey, que son blanco de los proyectiles floridos, se encabritan; y los monarcas hacen á las bellas milanesas seña de que moderen sus arrebatos de alegría y de entusiasmo.

La comitiva llega delante de la catedral de mármol blanco que se destaca majestuosamente sobre el fondo azul oscuro del cielo italiano, con la inagotable riqueza de su ornamentación escultórica, la multitud de sus escaleras y terrazas, y su atrevida pirámide central alrededor de la cual se escalona un prodigioso bosque de torrecillas, agujas y un sinnúmero de estatuas.

El obispo coadjutor, cubierto con la mitra blanca y acompañado del clero, recibe á los soberanos á la puerta del edificio. Se ha tenido el buen gusto de no adornar con colgaduras las paredes de aquella magnífica iglesia, la mayor del mundo después de San Pedro de Roma. No se debe cubrir con alfombras el pavimento de mosaico, con colgaduras las cinco naves, sus bóvedas ojivales, sus columnas y sus festones de mármol.

Los ancianos milaneses recuerdan la ceremonia celebrada en este mismo santuario cincuenta y cuatro años antes. El 26 de mayo de 1805 Napoleón I fué consagrado en él con tanta pompa como lo había sido seis meses antes en Nuestra Señora de París. Después que el cardenal Caprara hubo bendecido la corona de hierro en la forma usada en lo antiguo para coronar á los emperadores germánicos como reyes de Italia, el grande hombre, poniéndosela él mismo en la cabeza, como se había puesto la de emperador de los franceses, pronunció con gran energía estas palabras sacramentales: *Dio me l'a data, guai à chi la toccherà*. «Dios me la ha dado: ¡ay del que la toque!» Tales son los recuerdos que evocan los ancianos milaneses cuando ven entrar en el Duomo al heredero del vencedor de Austerlitz.

La ciudad estuvo de fiesta todo el día y toda la noche.

Mientras en Milán los oficiales y soldados se divertían, en Melegnano hacían reflexiones dolorosas sobre la matanza de la víspera, que tal vez resultara inútil. Después de un combate tan sangriento, precedido de una marcha tan larga, ni siquiera se había podido descansar. «Las tropas del segundo cuerpo de ejército, ha escrito el general Lebrún, pasaron horriblemente la noche del 8 al 9 de junio. No había cesado de llover en toda la tarde, y nuestros pobres soldados, calados hasta los huesos, vivaqueaban en praderas inundadas, no pudiendo acostarse ni encender hogueras, ni descansar un momento. Recuerdo que en el estrecho camino en que estábamos el mariscal Mac-Mahón y yo, el mariscal tomó el partido, cual nuevo Turena, de dormir sobre la cureña de un cañón. El suelo del camino tenía una capa de barro de cuatro á cinco centímetros de espesor. Por mi parte, después de envolverme en la capa de hule, me tendí sobre el barro, con la mitad de las piernas fuera de la calzada, colgando sobre el pequeño canal que corría junto á ella.»

No se podía menos de juzgar que Baraguey d'Hilliers había procedido con alguna ligereza al apresurarse á atacar. El general Fleury escribía el 10 de junio desde Milán: «Si el mariscal hubiera aplazado el ataque hasta el día siguiente, habría operado en combinación con las columnas del mariscal Mac-Mahón y del general Niel, y obtenido un resultado no menos seguro, sin perder tantos hombres. Es indudable que los austriacos, al verse amenazados por sus dos alas, se habrían retirado prontamente. Ayer estuvimos en Melegnano, y el ejército del mariscal, aunque orgulloso de su triunfo, me pareció algo descorazonado. El emperador ha recomendado que no se hagan más esos alardes de fuerza inútiles. Los zuavos han tenido treinta y ocho oficiales fuera de combate. Ahora debo confesar, desde el punto de vista estratégico, que se ha conseguido el resultado, aunque sobrado violentamente. Los austriacos han evacuado á Lodi.»

El día 9 de junio, en el mismo momento en que los cánticos religiosos resonaban en Milán bajo las bóvedas del Duomo y se entonaba el *Te Deum*, el camino de Melegnano á la capital presentaba un espectáculo bien triste. Las más ricas familias milanesas habían enviado sus carruajes en busca de los heridos

del combate de la víspera para trasladarlos á sus palacios transformados en ambulancias. Aquellos coches volvían muy despacio; sobre sus almohadones iban tendidos oficiales y soldados cuyos uniformes manchados de sangre estaban aún adornados de flores.

Por la noche, Napoleón III y Víctor Manuel, aclamados con frenesí por una muchedumbre ebria de júbilo y de entusiasmo, asistían á una función de gala en el teatro de la Scala.

El ejército aliado pasó los días 9 y 10 de junio en las posiciones que ocupaba el 8; el 1.º, 2.º y 3.º cuerpos en Melegnano y sus cercanías; la guardia imperial, el tercer cuerpo y el ejército del rey en Milán. Las tropas necesitaban descanso, y el emperador había tenido tiempo de preparar los medios materiales indispensables para allanar los obstáculos que el ejército iba á encontrar en su camino. Debía cruzar sucesivamente los afluentes de la orilla izquierda del Po que bajan de los Alpes: el Adda, el Serio, el Oglio, el Mella, el Chiese, antes de llegar á las riberas del Mincio, y estaba seguro de que el enemigo, al retirarse, volaría los puentes y haría todos los esfuerzos posibles para detener la marcha de los aliados.

Napoleón partió de Milán para Melegnano en la mañana del 10 de junio. Supo que los austriacos habían evacuado á Lodi y otras posiciones importantes. El 9, la duquesa de Parma, cediendo á la fuerza de las circunstancias, había tenido que marcharse del ducado donde ejercía la regencia en nombre de su hijo. El 10 quedaba abandonado Piacenza, y los austriacos, volando los fuertes y los blockhaus, destrozaban las obras que habían acumulado delante de esta plaza rodeada de baluartes, y clavaban los cañones que no podían llevarse en barcasas ó á remolque de los vapores. El 11 quemaban el puente de Adda y evacuaban á Pizzighettone. Aquel mismo día, el ejército aliado se ponía en movimiento para perseguirlos.

La guardia imperial, recobrando su papel de reserva, no sale de Milán hasta el día siguiente para trasladarse á Gorgonzola, donde el emperador estableció su cuartel general.

Los cuerpos de ejército marchaban á cosa de legua y media de distancia entre sí.

La invasión de los caminos, el polvo, el calor, las corrientes que había que atravesar hacían la marcha penosa y difícil. No era empresa llana hacer avanzar enfrente del enemigo seis cuerpos de ejército — los 1.º, 2.º, 3.º y 4.º, la guardia imperial y las cuatro divisiones del ejército sardo, — concentrados en un espacio restringido y prontos á reunirse en masa á la primera señal.

Del 12 al 14 de junio, los aliados cruzaron el Adda, los sardos por Vaprio, los franceses por Cassano, y allí, como en el Sessia y en el Tessino, los pontoneros, bajo la hábil dirección del general Lebœuf, adquirieron nuevos títulos al agradecimiento del ejército.

El 18, las tropas aliadas se acantonaron alrededor de Brescia. El empera-

dor y la guardia ocuparon la ciudad que, famosa por su patriotismo y su valor, hizo al monarca libertador una acogida entusiasta. Todas las calles estaban engalanadas y caía una lluvia de flores.

Los días 19 y 20 se dedicaron al descanso. Los combatientes de Magenta y de Melegnano recibieron las recompensas que habían merecido.

Al mediodía del 19, el 2.º de zuavos estaba sobre las armas. El mariscal Mac-Mahón, seguido de su Estado mayor, mandó formar el cuadro. «Soldados del 2.º de zuavos, dijo: Queriendo conservar el emperador las prácticas del primer Imperio, ha decretado que se condecorarían con la cruz de la Legión de Honor las águilas del regimiento que se apoderase de una bandera enemiga. ¡Zuavos! Todos merecéis una recompensa, porque todos os habéis portado como valientes. Vuestros padres que os contemplan están orgullosos de vosotros. La bandera de vuestro regimiento es la primera del ejército de Italia que obtendrá ese honor. Me considero dichoso porque se le otorgue al segundo cuerpo de ejército mandado por mí, y me enorgullezco porque la hayáis merecido vosotros, soldados del 2.º de zuavos, cuya fama no se ha desmentido en Crimea, ni en Africa, ni en Magenta.»

Acercándose en seguida á la bandera, el mariscal la saludó y añadió: «Águila del 2.º regimiento de zuavos: enorgullécete de tus soldados; en nombre del emperador, y en virtud de las facultades que me están conferidas, te doy la cruz de la Legión de Honor.» Luego ató al águila la cinta encarnada de la que pendía la cruz, y resonaron los gritos de «¡Viva el emperador! ¡Viva el mariscal!»

Aquel mismo día se reunió en Brescia con el ejército una división de caballería de la guardia mandada por el general Morris, que, habiendo pasado por el camino de la Cornisa, se quedó rezagada.

El 21 el ejército aliado emprendió de nuevo su marcha. Aquende el Chiese, á dos kilómetros de Montechiaro, se extiende una vasta llanura desnuda, á propósito para campo de batalla, donde los austriacos podrían desplegar fácilmente su soberbia caballería. Este recelo no se realizó. Los austriacos, continuando su retirada, repasaron el Chiese, que los aliados pudieron atravesar sin disparar un tiro.

Acercábase el momento decisivo. Se iba á llegar á los límites de la Lombardia y á encontrarse enfrente del célebre cuadrilátero que, formado por las cuatro plazas fuertes de Peschiera, Mantua, Legnago y Verona, está ceñido por un lado por un río importante, el Mincio, y por otro por los Estados de la Confederación germánica. Era una formidable base de operaciones para los austriacos.

El emperador Francisco José, llegado el 30 de mayo á Verona, acompañado del barón de Hess, su jefe de Estado mayor general, había tomado el mando de su ejército reorganizado. Haciendo evacuar por sus tropas Piacenza, Pizzighettone, Pavía, Cremona, Ancona, Bolonia y Ferrara, había resuelto concentrar todas sus fuerzas en el Mincio, formando con ellas dos ejércitos, ambos bajo

sus órdenes y mandado el uno por el conde Wimpffer y el otro por el conde Schlik. Al conde Guilay se le había relevado en el mando. El emperador Francisco José estableció su cuartel general en Villafranca. El total de sus tropas componía un efectivo real de ciento sesenta mil hombres, cifra casi igual á la del ejército franco-sardo. El monarca austriaco pensó primero en tomar la ofensiva al otro lado del Mincio y del Chiese, pero renunció á ello por no querer arriesgar una batalla teniendo el Mincio á su espalda, aun con el gran número de puentes que tenía á su disposición. Los recuerdos de 1848 le decidían á seguir el ejemplo del feld-mariscal Radetzky, y acababa de ordenar á sus tropas que se replugaran detrás del Mincio para esperar al enemigo en el centro del cuadrilátero y tomar desde allí la ofensiva, como en otro tiempo lo hiciera el célebre guerrero austriaco.

Mientras tanto el ejército franco-sardo continuaba su marcha, maravillándose de no encontrar enemigos en su camino y pensando cuáles podrían ser los proyectos del emperador Francisco José. Aquella marcha de avance ocasionaba grandes fatigas y tropezaba con no pocas dificultades.

Oigamos al general Fleury:

«Hace mucho calor. La tropa comienza á quedar reducida. Las marchas, cortas para un Estado mayor, son muy largas para los cuerpos de ejército que siguen forzosamente casi siempre el mismo camino para rebasar á la derecha ó la izquierda; de aquí acumulaciones casi imposibles de evitar, cansancios innecesarios, retrasos de dos ó tres horas para unos pobres hombres cargados como acémilas y que apenas han comido.... La cuestión de víveres es casi la primera; es decir, que el gran arte de alimentar permite reunir en un día dado más gente que el enemigo y alcanzar por consiguiente un triunfo.... Creo que la guerra acabará por desaparecer de nuestras costumbres. Todos se aprovechan de ella: unos para ascender, otros para adquirir gloria; pero se deplora á los muertos, y se lloran los soldados sacrificados por una causa que la mayor parte del ejército no puede apreciar.»

La carta que el general escribió á su mujer el 23 de junio, víspera de la batalla de Solferino, está llena de melancolía y de tristeza: «Hace dos días que estamos en Montechiaro, muy mal instalados. He pasado una noche terrible. A la una de la madrugada dormía profundamente cuando ha entrado Conneau en mi cuarto, con el rostro desencajado, y me ha dicho con tono sepulcral: «¡El general Cotte ha muerto!» Precisamente acababa de separarme de él antes de acostarme, así era que no podía dar crédito á mis oídos. El criado que acompañaba á Conneau me dijo que un momento antes le había entregado unos despachos, y después de leer dos ó tres, Cotte dijo: «No veo,» y en seguida cayó muerto. Cuando dí esta noticia al emperador, al despertarse, quedó como herido de un rayo. Para un soldado es una muerte lamentable, cuando el cañón habría podido proporcionarle al menos una muerte gloriosa.»

Aquel día Napoleón fué en coche á Lonato á ver á Víctor Manuel, y visitó

á Desenzano, junto al lago de Garda. Dejemos otra vez la palabra al general Fleury: «No puede darse espectáculo más hermoso que el que ofrecen estas montañas y esa agua azul y tranquila que parece decirnos: — ¿Por qué esa saña? ¿Por qué todas esas muertes? Venid tranquilamente á gozar de mis amenos paisajes y de mi frescura.»

El general agrega á esta reflexión filosófica: «Me parece que tantas dificultades materiales han cansado ya al emperador y le han hecho pensarlo mejor por lo que hace á mandar un gran ejército. Creo que la vista de los heridos y de los muertos ha sido para él muy penosa, al reflexionar que tantos valientes se habían hecho matar por un pueblo que no nos quiere y por una causa cuyo porvenir está tan lleno de duda y de impenetrabilidad. Creo en fin que la guerra que había soñado con toda su gloria ha llegado á parecerle de éxito tan dudoso que sabe muy bien que el mismo hilo telegráfico que transmitió la noticia de la victoria de Magenta pudo muy bien anunciar la más espantosa derrota. El emperador no ha dejado de reflexionar en todo esto, sin haber reconocido que su puesta en este juego es demasiado grande para el resultado que persigue, y sin estar moralmente dispuesto á limitar su ganancia en la partida que juega en el tapete verde de la Lombardía.»

Aquel mismo día 23 se supo que los austriacos se habían retirado decididamente al otro lado del Mincio, abandonando las alturas que se extienden desde Lonato hasta Volta. Entonces Napoleón III resolvió llevar allí su ejército el día 24. No se creía sin embargo que la gran batalla se trabase aquel día y se suponía que el emperador de Austria esperaba al ejército franco-sardo en el centro del cuadrilátero. Se ignoraba que Francisco José acababa de cambiar de plan por tercera vez y de decidirse á salir al encuentro de sus enemigos ó bien á guardar una actitud puramente defensiva. Ciertos motivos estratégicos y consideraciones políticas habían causado la brusca modificación que el monarca austriaco introducía en sus resoluciones.

Garibaldi y el general Cialdini, con más de veinte mil hombres, amenazaban desembocar por el valle del alto Adigio y, suscitando disturbios en el Tirol, podían molestar á los austriacos por su flanco izquierdo.

En Desenzano estaba en construcción una escuadrilla de lanchas cañoneras francesas destinada á contribuir al asedio de Peschiera y en breve debía ser botada al agua en el lago de Garda.

El quinto cuerpo del ejército francés, el del príncipe Napoleón, reforzado con una división toscana, avanzaba sobre el flanco izquierdo de los austriacos.

En fin, la escuadra francesa del Adriático se aprestaba á desembarcar un cuerpo de tropas en las lagunas de Venecia.

El emperador Francisco José había temido que el cuadrilátero, á pesar de su fuerza, no pudiera resistir á un ataque dirigido por cuatro lados, el de Garibaldi y Cialdini por el Norte, el del gran ejército franco-sardo por el Oeste, el del príncipe Napoleón por el Sur y el de la escuadra francesa por el Este.

Por otra parte, había recibido en su cuartel general una nota prusiana fechada el 14 de junio, de la cual había deducido que le era preciso alcanzar una victoria para decidir á la Prusia y al conjunto de la Confederación germánica á pronunciarse en su favor. Pensaba además que en caso de un revés, siempre tendría tiempo de repasar el Mincio y parapetarse detrás del fuerte valladar del Adigio, en el campo de Verona. El 24 de junio designó tropas para ocupar las posiciones de Lonato y Castiglione, donde sólo creía encontrar reducidos destacamentos franceses.

El 23 por la tarde los cuarteles generales austriacos estaban situados, el del primer ejército en Lonato, el del segundo en Volta y el imperial en Valeggio.

Napoleón había ordenado á sus tropas y á las del rey que se pusieran en marcha de tres á cuatro de la madrugada del 24. Los ejércitos marchaban á encontrarse sin saberlo, y este encuentro dió por resultado la batalla de Solferino.